

reunión, quitaran las mulas y fueran tirando del carruaje hasta la Colegiata, donde bajó S. E.

Oyó el *Te Deum* que se cantó, rezó devotamente á la sagrada imagen, y luego, acompañado del señor Arzobispo, del clero Catedral y del de la Colegiata, entró á la habitación que se le destinaba.



CAPITULO XIII

Guerra intestina en el campo santanista.

Suárez sin ministerio

EN cualquiera otro hombre habría constituido una inferioridad, una falta notoria é imperdonable, lo que en Santa Anna formaba el mérito mayor: no tener parecer ni opinión conocidos, no contar con ideas ni programa de gobierno. Pero esto mismo hacía que todos los partidarios, todos los partidos, todos los credos y todas las ideas, lo consideraran materia dispuesta y se valieran de él como de un instrumento maravilloso.

Por eso, al rededor del jefe brillaban al mismo tiempo Alamán y Lerdo de Tejada, Juan José Baz y Rodríguez de San Miguel. Cumplido y Basadre, centralistas y fede-

ralistas, partidarios de la 7.^a base de Tacubaya y partidarios de la constitución de veinticuatro.

Por eso, tan pronto como el hombre se presentó en escena, vino el problema de inmediata resolución: ¿Qué política debía seguir? ¡Federación! clamaban los liberales. — ¡Centralismo! decían los conservadores. — ¡Ni centralismo ni federación! gritaban los moderados. Y entre tanto, el pobre país estaba entre Cristo y Barrabás, sin saber qué convendría ni á qué carta quedarse.

Diariamente aparecían en los periódicos de México y de los Estados, candidaturas para el próximo ministerio. Unos postulaban á Ocampo, á Rosa ó á Olaguíbel; otros á Alamán, á Tornel, á Uraga ó á Haro.

En el Encero, según me lo refirió después Suárez, Santa Anna le mostró una famosa carta que el señor don Lucas le había escrito, dándole á conocer el programa del partido conservador.

«Ante todo, decía el perínclito historiador, pedimos se conserve la religión católica, porque creemos en ella, y porque, aunque no la tuviéramos por divina, la consideramos como el único lazo común que liga á todos los mexicanos, cuando todos los demás han sido rotos, y como lo único capaz de sostener á la raza hispano-americana, y que puede librarla de los grandes peligros á que está expuesta. Entendemos también que es menester sostener el culto con esplendor y los bienes eclesiásticos, y arreglar

todo lo relativo á la administración eclesiástica con el Papa; pero no es cierto, como han dicho algunos periódicos para desacreditarnos, que queremos Inquisición, ni persecuciones, aunque sí nos parece que se debe impedir por la autoridad pública la circulación de obras impías é inmorales...

»Estamos decididos contra la federación, contra el sistema representativo por orden de elecciones que se ha seguido hasta ahora, contra los ayuntamientos electivos y contra todo lo que se llama elección popular.»

Luego hablaba de una nueva división territorial, de una nueva organización de la milicia, de la supresión de congresos, y concluía leyendo la cartilla á Santa Anna: nada de negocios de agiotistas; nada de encerrarse en Tacubaya ni de retirarse á Manga de Clavo para que no se le viera ni en pintura; había que caminar muy derechos y sin extraviarse, so pena de lo que sobrevendría. A Suárez le supieron á rejalgar aquellas cosas. Tampoco quería la federación, tampoco consentía en que le hablaran de congresos; pero no hallaba de su gusto que se le anticipara un hombre á quien temía, como Alamán. Mi maestro, ingenio lego y conocedor á fondo solamente de trampas y triquiñuelas, no quería que se le subiera á las barbas aquel caballero que sabía mucho de libros, pero más de trasteo de hombres y de mundología. Empezó por encontrar el programa vago y deficiente: cambiar la de-

marcación territorial, mejorar el ejército, introducir la moralidad en la administración, todos lo querían; ¿pero cómo se había de plantear aquello? Largamente, según parece, habló á S. E. para disuadirlo de hacer caso á Alamán; pero el benemérito, con aquella gramática parda y aquella mano izquierda que tenía, envió á Suárez para que conferenciara con don Lucas y le hiciera decir de qué medios pensaba valerse para salir adelante.

Fuimos á la casa del simpático viejecillo, y le encontramos ya de punta en blanco, elegante el traje, albeando la camisa, bien puesta la corbata, de las que llamaban de dogal y que le daba tres ó cuatro vueltas al cuello; hubiérase dicho que iba á brotarle la sangre de la piel blanca y finísima; parecía que el cabello y la barba le formaban una aureola de blancura; y que los dientes, también blancos y chiquitines, le servían para aparecer más guapo y cortesano. Pero de lo que no cabía duda era de que los ojuelos azules, maliciosos y penetrantes, buscaban hasta las reconditeces del alma del que hablaba con él, como diciéndole: «tú no me la das, porque yo sé la Biblia mejor que el propio Moisés.»

Cuando llegamos escribía algo sobre historia en un libro limpio, elegante y sin una tachadura, con pluma de ave y con letra parejita, chiquitina y firme. Sus hijos trabajaban cerca de él en mesitas especiales para que pudiera vigilar sus estudios don Lucas.

Recibió á don Juan con cordialidad, á mí con cortesanía, y se encaminó á un cuarto vecino, dejándome en el aposento tapizado de libros de historia, de minería, de literatura, de todas las cosas y en todos los idiomas.

Salió á poco don Juan; pero según me dijo, el resultado de la conferencia había sido nulo: el hombre de leyes y el de *muelles* no podían encontrarse porque caminaban en órbitas diversas.

Pero las intrigas menudeaban más de la cuenta. La noche que el General llegó á la Villa de Guadalupe, penetraron á su casa dos hombres con facha de conspiradores. El uno era alto, afligranado, pulcro en el vestir, guapo y exquisito; el otro, viejó y andando, como dice la frase vulgar, á manera de perico en el suelo; el uno tartajoso de pronunciación, el otro hablando un español al estilo de Castilla. Eran Haro y Tamariz y Alamán.

Aguardaron en casa del Canónigo Medina á que se despejara aquello de importunos y pretendientes, y por una puerta secreta se introdujeron á la habitación del elegido. Allí se ultimaron combinaciones; allí se acordó que debía desechar Santa Anna el nombramiento de *Capitán General*, que le había expedido Suárez, sugestionando á Lombardini, y allí se desechó la candidatura del propio don Juan para cualquier cargo importante.

El bueno de mi amo no se paraba en pintas: quería nada menos que ser ministro de la guerra á fin de tener en

su mano al ejército. ¡Vaya si el hombre gastaba bríos y empuje! De sacristán de la iglesia de San Felipe de Guadalajara, á comandante de batallón; de comandante de batallón, á teniente coronel del ejército; de teniente coronel, á coronel graduado de general; de coronel, á general efectivo; de general, á oficial mayor de guerra, y luego á ministro del mismo ramo!

Don Juan estaba como quien ve visiones: haber hecho una revolución, haber sugestionado á todo un pueblo, haber trabajado con ardor nunca visto, y luego encontrarse con que, mientras calentaba el horno, otros se comían el pan, eran cosas que lo ponían fuera de sí.

*Hos ego versiculos feci, tulit alter honores
Sic vos non vobis...*

me repetía sin cesar lleno de tristeza.

Pero en la forma, el muy bellaco no dejaba de incensar á Tornel, á quien, decía, adoraba como á su propio padre; mientras el ladino del ministro, que sabía muy bien á qué atenerse acerca de ese afecto, no cesaba de alentar á Suárez para que continuase en el puesto en que se consideraba rebajado.

¡Raro personaje ese Tornel! Alto, pálido, de labios exangües, de mirada desmayada, de ojos negros y brillantes — lo único que en él tenía vida por aquellos

tiempos — era la quinta esencia de la cortesanía. Gastaba un dialecto que le daba sello especial; parecía que se estaba oyendo á Zurita ó á Melo hablar en sus compasadas y venerables cláusulas.

Por lo demás, era hombre de positivo ingenio, instruído, disertó, lleno de amor al arte y á los artistas. Le llamaban Lorenzo el Magnífico, mexicano, porque en efecto, favorecía constantemente y con largueza cualquiera manifestación intelectual.

Pero Suárez, como la matrona bíblica, no quería ser consolado; creía en su valer y en sus servicios, y lo ponía frenético el que no se estimaran unos y otros, tal como debía ser.

La enemiga de mi mentor era sobre todo contra Alamán, á quien detestaba precisamente por lo mucho que el otro valía.

— No se aflija usted, decía Tornel con aquella su mónica y su mansedumbre; nada importa que el señor don Lucas tenga un asiento en el gabinete; no desmaye tampoco por la conformidad de opiniones de los señores Haro y Lares con el jefe conservador: esa unión es para atrapar las carteras; ya verá usted cómo yo consigo que el Presidente se desligue de todos los partidos; yo me lisonjeo de poder neutralizar á los unos con los otros.

— Pero usted, seguramente, exclamaba Suárez, nada ha dicho al señor Santa Anna sobre los inconvenien-

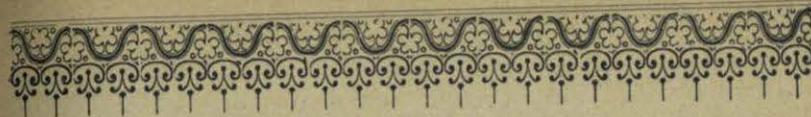
tes que resultan de aparecer Alamán en el ministerio.

— Yo conozco al General Santa Anna, replicaba el ministro, y una vez que se ha empeñado en tener junto á sí á Alamán, es necesario que se desengañe viéndolo de cerca; nada he querido decirle contra las personas sobre quienes él ha fijado de antemano su elección. Ahora lo que importa es que usted entre y aparente conformidad con todo lo hecho; veamos si podemos impedir que el señor Alamán lleve al ministerio de Fomento al señor Jáuregui, gobernador que fué de Querétaro y que es más entusiasta respecto á jesuitas que el padre Agnaviva. Cuando yo salía, lo proponía al Presidente.

— Yo, exclamaba don Juan, no tomo parte más en estos negocios; me voy, porque tengo muchos asuntos que despachar y que firmar; es día de correo. Si yo hubiera sabido el desenlace de mis sacrificios, me habría estado quieto; no dejo en el acto el ministerio, por no dar un escándalo y á usted un disgusto...

— Calma, calma, repetía Tornel con sonrisa de escéptico.

Al fin la combinación quedó hecha: Alamán, relaciones; Tornel, guerra; Haro, hacienda; Lares, justicia.



CAPITULO XIV

Término de mis amores y principio del gobierno santanista

AL fin tuvimos correo regular del interior. Ocurrió á la casa de Guardiola, y en las listas vi mi nombre manuscrito. En un momento pagué la peseta, me dieron mi carta, y después de abrirla me puse á leerla en el zaguán de la oficina. Era una epístola del padre Luna, que con distingos y consuelos, con amabilidades y frases bonitas, trataba de hacerme tragar la píldora del próximo matrimonio de Trini.

«Eran ustedes de muy pocos años cuando anudaron
»lazos cuya importancia y duración no podían calcular.
»Ni tú tuviste un átomo de culpa asegurando á la niña
»que la querías, ni ella faltó en nada sosteniéndote lo

» mismo. ¿Qué van á saber de amor dos adolescentes,
 » casi dos niños, que confunden el natural cariño de
 » personas que siempre han vivido juntas, con cosas
 » más altas y que no es dado sentir á los chicos de
 » esa edad?»

Luego, saltando líneas, leí:

«Ella que es, como tú sabes, niña honrada y de buen
 » natural, movida de las exhortaciones, convino al fin en
 » que nada sabía de estas cosas, y que el esposo que le
 » convenía era el que sus padres le escogieran.»

Y poco después decía:

«Buenaventura ha salido para esa capital á comprar
 » las donas, pues quiere que se hagan la boda y los festejos
 » consiguientes á todo costo. El muchacho no te guarda
 » rencor por la herida que le causaste en Guadalajara,
 » pues reconoce que no hubo de tu parte dolo ni ventaja, y
 » está dispuesto á darte la mano si es que se encuentra
 » contigo, pues dice, y dice bien, que no hay lugar á dis-
 » putar desde el momento que la criatura ha dado el sí á
 » sus pretensiones y desairado las tuyas.»

La carta concluía:

«Así, pues, Juan de mi alma, discípulo muy amado, te
 » exhorto á la conformidad y á la resignación. De seguro
 » este amor no te convenía, y el Señor te destina á otra
 » mujer, si es que ha dispuesto seas casado. Y al mismo
 » tiempo que esto te digo, te prevengo que no hagas la

» locura de querer presentarte á interrumpir el matrimo-
 » nio, pues cuando ésta recibas, los muchachos estarán ya
 » unidos en haz y paz de la santa Iglesia, y yo bien sé que
 » no eres tú quien
 » ha de venir á in-
 » quietar á una
 » mujer casada ni
 » á promover ca-
 » morra al ma-
 » rido.»

Sentí que una
 ola de calor me
 invadía el cuer-
 po, sentí luego
 una onda fría,
 conocí que esta-
 ba sudando; per-
 di la noción de
 donde me encon-
 traba y me dí á
 andar calles y ca-
 lles.



De repente un grupo de transeuntes me arrebató, lle-
 vándome en dirección desconocida. Inmenso gentío en el
 atrio de la Catedral, en el Empedradillo, en Santo Domingo;
 arcos de mala muerte y tropa, mucha tropa. Nada mi-

raba, nada me atraía, todo se me figuraba burla de mi imaginación desarreglada; sólo se grabó en mi retina, como la resultante de aquel día, un trapo tricolor que ondeaba en lo alto de un mástil y un cielo azul que continuaba sereno é imperturbable á pesar de las ambiciones, de los odios y de los amores de los hombres.

Al fin tronó un cañón que repercutió largamente seguido de uno de esos ruidos de intenso regocijo que lanza la bestia humana cuando está ahita de placer ó de sangre; sonaron campanas, redoblaron parches, lanzaron su nota aguda los clarines y su clamor entusiasta las músicas; se agitaron abanicos y pañuelos en lo alto de los balcones, colgados de draperías de colores vivísimos; la muchedumbre se rebulló como monstruosa serpiente, y una multitud de uniformes, de presillas, de charreteras de canelones, invadió el espacio que dejaba libre la tropa.

Luego, los vivas redoblaron, se oyó un alarido de satisfacción y una avalancha de léperos con los cabellos hirsutos, al aire pies y rodillas, con aspecto de animales, pero no de animales nobles, sino de animales de carga pacientes y sufridos, desuncieron las mulas de un coche y lo arrastraron, llevando en triunfo como á un Jagrenat viviente, á un hombre galoneado, bordado y chamarreado como rey oriental.

La misma ola que me había llevado de sur á norte me llevó de norte á sur. Algo más calmado se encontraba

Porta Coeli, tranquilas las calles de Jesús, y la mía como si nada sucediera en el mundo.

Quisiera decir aquí que el choque me produjo una fiebre nerviosa, que me volví loco y que no supe de mí; pero diría una mentira: me metí á mi cuarto y me eché á llorar como un niño de escuela... y después me dormí como un bendito, diré mejor, como un borracho inconsciente.

A eso de las seis mis amigos Covarrubias y Sánchez llegaron á buscarme preguntándome si había ido á la jura y toma de posesión.

— Pues perdiste cosa buena, decía Juan; á bien que ó has de vivir poco ó has de cansarte de ver muchas por el estilo.

— Pero no verá de seguro á un hombre con más bordados que Lombardini; presillas, cruces, escarapela, sombrero, espada y bastón estaban empedrados de diamantes, lucían como ascuas. Una custodia con todo y viril, brillaba menos en manos de un sacerdote habilidoso que este *calabazate* encima de su poderoso caballo.

— Ni verá á esos ayudantes con sus tacones de seis dedos y sus botas charoladas que no les dejaban andar en pie ni tenerse á caballo. Quinientos pesos dieron á cada uno para su uniforme, y creo que algunos gastaron más.

— ¿Y los pobres viejos de la corte de Justicia con sus casacas galoneadas?

— ¿Y los de la contaduría mayor?

— ¿Y los canónigos?

— Cevallos se puso malo — ya sé cuál era su enfermedad: se llama *despechitis* — y dejó que Castañeda tomara el juramento á Santa Anna.

— Bonito el discurso que nos leyó don J. Miguel Arroyo. ¡Ya lo creo que aguardamos grandes cosas del hombre!; pero ¿nos las dará ó saldremos con las manos en la cabeza, como tantas otras veces?

— Yo me fijé en la cara del zacatecano Lares al jurar en la capilla; parecía estar diciendo: «hasta que se me logró.»

— Pero el momento crítico fué el en que Alamán introdujo al salón á Antoine y Zayas para que presentara á Santa Anna la gran cruz de Carlos III, que hace seis años le concedió doña María Cristina.

— Pues yo encuentro que ese crítico momento no fué sino el del *Te Deum* en la catedral. Fíjate, Pérez, y dime si puede haber cosa más bella: el arzobispo de capa pluvial y acompañado de todo su clero; la música preludiando el himno admirable de San Agustín y San Ambrosio; las campanas echadas á vuelo; el presidente y sus ministros bajo palio, saliendo en medio de aquella muchedumbre entusiasta y de aquel lujo portentoso; y el cañón atronando los aires, como marcando el ritmo á la ceremonia sin igual.



... el arzobispo de capa pluvial...

— Luego vino la felicitación del cuerpo diplomático. Neri del Barrio, representante de Guatemala, pronunció un discurso; Monseñor Clementi, delegado del Papa, dijo uno á manera de sermónico cristiano, que hizo que los circunstantes, rompiendo con la etiqueta, aplaudieran á rabiarse; y don Lucas Alamán respondió por S. E., que estaba enfermo de la garganta, y que apenas pudo decir un «Viva la República», como si le estuvieran apretando el pescuezo.

— El Señor no quiera castigarlo por do más ha pecado: por los órganos de la palabra.

— Y esta noche hay gaudeamus en Palacio. Yo vi las mesas puestas para ochenta cubiertos en el corredor que da al Senado. Allí se ostentan los naranjos del panteón de Santa Paula en grandes barriles y luciendo la empresa de la casa: una calavera con sus correspondientes tibias.

— Dios dé buena manderecha á los brindadores para que no vayan á salir con una pata, como ha sucedido en otros tiempos.

— Y consienta que el cuerpo diplomático no desaire al grande hombre.

— Y haga que no se cuelgue algún pendón inglés que ponga fosco al representante de S. M. B.

La caída de mis ilusiones me sumió en la pena más grande, y apenas si ocurría á la ejecución de mis labores en el ministerio. Nada me importaban la política ni la

persona del Presidente, ni mi carrera. ¿Para qué quería yo medros y gracias, si no tenía á quien ofrecerlos?

Se me ocurre, ahora que han pasado los años, que había en aquello un poco de fingimiento y otro poco de deseo de probarme á mí mismo que era un hombre *sensible*, como era necesario ser en mis tiempos para aparecer de buen tono; pero como mis sufrimientos no eran por eso menos tremendos, resultaba uno de los mayores desdichados de la tierra.

Con dificultad me arrastraban mis amigos al teatro, y apenas acompañando á Juan Díaz me figuraba hacer algo que cuadrara con el luto que debía vestir mi alma en adelante. En esas excursiones tuve ocasión de ver á la hermosa Anarda, tan bella, tan incitante y tan seductora como no creía que pudiera existir mujer ninguna. La miraba con interés, con admiración, pero sin cariño, sin afecto; á los ojos les decía todo aquella belleza, pero no hablaba á la entraña, por más que yo me empeñara.

Jamás me había atrevido á rondarle la calle por cuenta propia, ni á intentar nada cerca de ella, pues bisoño y todo como era, comprendía que no conducían á nada tales locuras, ni valía la pena de comprometer con ellas la tranquilidad de una mujer que tenía derecho á ser respetada por señora, por bella y por casada.

México no era, como ahora, una Tebaida en que sólo se bebe y se murmura; existían manifestaciones

de sociabilidad que evitaban á los jóvenes frecuentar cantinas y lugares peores. Se bailaba, se tocaba, se jugaban juegos de prendas, y sobre todo se charlaba y se discreteaba estableciendo entre los dos sexos una comunicación saludable y conveniente.

Como yo era muchacho y la democracia mansa que en México imperaba nunca fué exigente en la elección de personas que con ella se rocen, merced á mi fraquito de botón dorado y á mi figurilla de rubio interesante, me colaba en todas las casas.

Así conocí los salones de los Quijanos, los Mossos, los Calderones y otros muchos, y aun llegué á pisar las alfombras del bello palacio que tenía el doctísimo conde de la Cortina y Castro.

En una de esas casas, por cierto la más hospitalaria, percibí una noche á la célebre Anarda. Hablaba de política con un chico melenudo y de buen porte: Pancho Zarco; de la última novela con un cabezudo gracioso y chispeante, á quien los otros literatos llamaban *Can Azul* en memoria de su padre: José María Lacunza; de amor y platonismo con un antojudo elocuentísimo, que atraía á todo el mundo á su derredor: José María Lafragua; y de todo con todos, con tanta verba, con tanto ingenio, con tanta oportunidad, que las *lionas* de la reunión quedaban arrinconadas y sin empleo.

— Venga usted, me dijo el amigo que me había conducido á aquella casa; venga y lo presentaré con una guapa señora. No es joven, porque proviene del tiempo de la *güera* Rodríguez y aun los lenguaraces dicen que recibió los homenajes del barón de Humboldt como aquella hermosa; no es verdad, porque cuando el sapientísimo geógrafo estuvo en estas tierras, Anarda aun no venía al mundo; pero sí conoció al General Victoria, á Barragán y al Padre Mier. Sin embargo, véala usted y admírese: está tan bien conservada que no parece sino que fué ayer cuando se casó y ayer cuando fué novia del coronel Antúnez.

Era Anarda mujer de exquisita educación, dotada de un ángel y de una simpatía tan grandes, que conducían atados de pies y manos ante aquella tirana que jamás usó de más armas que un primoroso abanico de laca, á cuantos se le acercaban en muchas varas á la redonda.

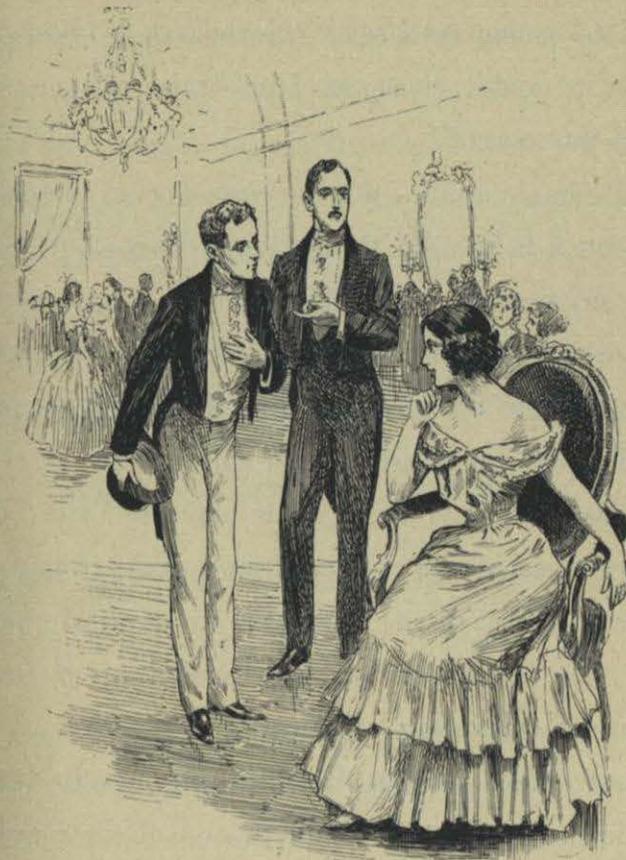
— Conozco al señor, pues nada menos corteja á una amiguita mía y parienta muy linda.

— No soy yo el cortejante, señora, respóndile, sino un joven amigo mío, poeta, que está enamorado de la señorita parienta de usted.

Y así siguió la conversación, de cumplido, sin interés; pero para mí decisiva, porque nada menos servía para ponerme á la orden de aquella dictadora de voluntades.

Pasaban los días y no cesaba de encontrarme en alguna casa á la bella mujer, cada vez más atractiva, más sencilla y más graciosa que nunca.

— Déjenme, decía á su cortejo, en compañía de este



pollo, que, ó yo no alcanzo nada, ó tiene que aprender la ciencia del mundo bajo mi dirección.

— Oh, señora, decían los otros, lisonjeros; ¿por qué no nos coge usted á nosotros para enseñarnos esas cosas?

— Porque ustedes ya están viejos; ya son talludos y tienen muy duras las agujetas.

Y comenzábamos á charlar sobre mil asuntos, sobre mil cosas que no nos interesaban, pero que precisamente por eso gustábamos más de desentrañar. A veces me hacía poner las orejas coloradas con observaciones rudas y á fondo, otras me demostraba que me conocía como á sus manos.

— Me han contado, me dijo una noche, que usted no pertenece á la familia de los Pérez Mares que me decía era la suya, sino que es hijo de un honrado notario de pueblo que se desvive por usted. Cuidado con esas cosas, que cuadrarían en un chico sin más mérito que el de su apellido; pero no en usted, que vale por sí.

— Esa niña, me decía al hablar de Trini, observa respecto de usted una conducta muy rara. O es una disimulada y una cazurra, ó no goza ni de un átomo de libertad. No la condene ni la absuelva usted sin haber tomado informes muy amplios.

Y así, unos días hablando de mi pasado, tratando otros de mi presente ó de mi futuro, íbamos anudando el hilo de la mutua simpatía, de tal manera, que había de resultar difícil desenredarlo y romperlo.

Ansiaba que llegaran las noches de tertulia para reanudar la charla empezada y tratar de cosas nuevas, que se me ocurrían diariamente.

En una de esas ocasiones, la dije:

— Ya hemos hablado largamente de mí, sabe usted cuanto me toca; pero ¿y usted? Cuénteme su historia, que no puede menos de ser curiosa la de mujer tan inteligente y distinguida.

— ¡La mía! me contestó. Pero si ya por la voz pública ha de estar enterado usted de mi leyenda, porque tengo leyenda á manera de los mártires del *Flos Sanctorum*... No haga esos aspavientos ni me diga que nada sabe, porque lo voy á juzgar un mentiroso... Sí; en concepto de la gente, soy una especie de Lucrecia Borgia, una mujer peligrosa que ha producido más daño en el coro masculino, que el *chahuistle* en los sembrados. Yo he causado

Muertes, asolamientos, fieros males...

He sido infiel, pervertida, y no sé si también he hecho el mundo.

Me reí, y entonces ella me refirió una historia que nada tiene de extraordinario: la historia de la mujer superior casada, por mandato ó por conveniencia, con un beocio sin talento ni valer.

Sí, había faltado, había cometido infidelidades; no se gloriaba de ello y hasta lo deploraba con todo su corazón; pero habían sido faltas de amor, faltas disculpables por el móvil y por el objeto.

Y con esa moral floja y acomodaticia que teníamos los

románticos para disculparnos, yo acepté cuanto me decía y la tomé como heroína de novela, como una Manón ó Margarita Gautier víctima del destino y de las preocupaciones sociales.

— Usted, me dijo, no conoció á mi excelsa maestra la *güera* Rodríguez, ó la *güera* Elizalde, como se la llamaba; pero sí ha de tener noticia de sus talentos, de su gracia y de su coquetería: en libros anda cuanto se refiere á aquella hermosa dama y sería en vano que yo se lo contara.

En el salón de esa reina sin cetro, pero con súbditos, conocí al joven Albermale, que había venido aquí por causa de negocios.

Pertenecía Jorge, que ese era su nombre de pila, á la aristocracia de su tierra; era guapo, valiente, servicial, atento, bien criado y sobre todo enamorado como un Macías.

Me conoció y comenzó á cortejarme con una asiduidad de que debe de haber pocos ejemplos. Casi no pasaba día sin que inventara un baile, una jira campestre, una reunión de confianza, con objeto de decirme cien y cien veces que me quería, que se consideraría dichoso si lograba mi mano, y que estaba dispuesto á hacer el sacrificio de su religión, aceptando la católica, si yo respondía á su pasión.

Excusado es decir que acepté el cariño del simpático

Jorge y que lo aceptaron mis padres como lo más natural del mundo; pero cuando ya todo estaba listo y mi novio próximo á marchar á su tierra para traer las donas é impetrar el consentimiento paterno, vino la terrible epidemia del cólera, que acabó con media ciudad de México, y dos fueron las primeras víctimas: una, mi maestra, mi amiga, la *güera* Rodríguez, que pereció en unas cuantas horas, y otra Mr. Albermale, mi novio, que cogió el contagio sin saberse cómo ni cuándo. No habían servido de baluarte al terrible azote ni el garbo y la donosura de aquella mujer singular, que había distraído á Humboldt de sus investigaciones y de su ambición á Iturbide, ni la juventud y el amor del elegido de mi alma...

Dicen que en aquellos tiempos era yo un amor, una criatura bellísima, que atraía la atención de todos; por eso al poco tiempo me solicitó en matrimonio don Juan Ruiz de Esparza, de quien usted sabe, y lo sabe todo el mundo, vivo separada aunque habitando la misma casa.

Entre mi esposo y yo no hay contacto intelectual ni material, ni de afección; somos dos extraños, como lo hemos sido siempre, y apenas si tengo que soportar á veces sus brutales celos, tanto más crueles cuanto son más inmotivados.

A usted, provinciano sencillo, le va á llamar la atención que existan un hombre que no es marido de su mujer, y una mujer que no es mujer de su marido: pero habemos

tantos ejemplos aquí, que casi venimos á constituir la regla.

Lo que le he referido es la verdad, y cualquiera otra cosa que le hayan dicho es una solemne mentira: yo lo afirmo.

Salí embobado por aquella historia, que tuve por el Evangelio; y como al día siguiente hablara con Sánchez y le relatara el caso con todos sus pelos y señales, el maldito medicucho se rió y me dijo entre accesos de tos convulsiva:

— Te la dieron, Juan Pérez, te la dieron y la mereces. ¿Quién te mete á ti, fuereño ignorante, á competir con estas señoronas, que tienen falso desde el pelo del peinado hasta la labia que emplean? Ese inglés, esa *güera* Rodríguez, ese cólera providencial, ó fatal, ó lo que tú quieras, no han existido más que en la cabeza de la hermosa señora, que opino, desdiciéndome, ha tomado á pechos el caprichillo de trastornarte el seso.

Desmentí á Sánchez, insistió él en su dicho, le repliqué enojado, él me llamó tonto é ingrato, y nos separamos de mal talante, cada uno por nuestro lado.

Desde ese día comenzó para mí una vida rara; dejé la amistad de los muchachos que no me impulsaban hacia aquella mujer, y frecuenté la de los pollos insubstanciales, que ni me querían ni menos apreciaban mi escaso valer.

Rápidamente iba al ministerio, tomaba el acuerdo de don Juan, y me escapaba. Mi maestro, por su parte, andaba también triste, desazonado y padeciendo ausencias, como yo no lo había conocido nunca.

En Septiembre, á principios, murió de úlcera redonda, á la vuelta de una revista, el ministro Tornel. Mucho tiempo hacía que don Juan acordaba directamente con el Presidente y al parecer satisfecho con él.

Pero el quince del mes, cuando se hacían preparativos para la fiesta nacional, don Juan llegó alterado á su despacho.

— Esto se lo llevó el demonio, gritó arrojando los papeles con furia sobre una mesa. Ni esto es gobierno, ni este es Presidente, ni hay aquí agradecimiento, ni vergüenza, ni nada... Prepárese porque nos vamos: acabo de reñir con el General y de aventarle en la cara su cochina oficialía mayor... Pero ya verá este desconocido, que el mismo que hizo su panegírico, cantó sus glorias y lo elevó á la presidencia... porque yo lo elevé, amigo Pérez, eso usted lo sabe... ese mismo puede convertirse en su deturpador, en su enemigo, y echarlo abajo del poder... No me llame usted la atención ni procure que me calle, porque bien sé que estamos rodeados de espías... Sí, quiero ver si es capaz este farolón de meter en la cárcel al mismo que ha llamado mil veces su amigo mejor...

Traté de calmarlo; pero fué inútil: por su mano escri-

bió su dimisión, dando como causa de ella que no quería seguir prestando su ayuda al desarrollo de una política absolutamente contraria al espíritu y á las tendencias del plan de Jalisco.

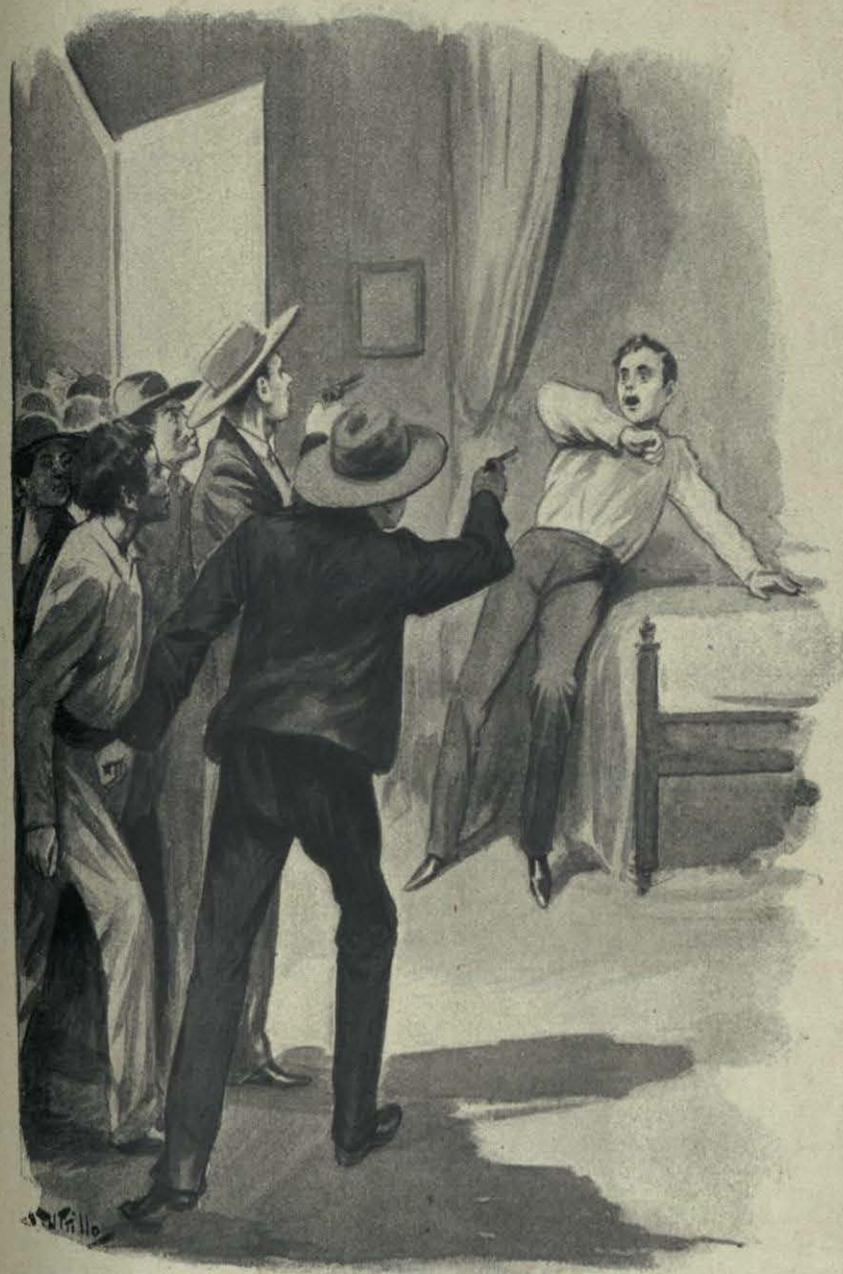
La respuesta de Santa Anna no se hizo esperar: fué una carta-circular que dirigió á sus amigos, avisando que había separado del puesto á Suárez, á causa de que había pretendido ser ministro á la muerte del señor Tornel, y de que él, Santa Anna, se lo había negado.

Lo cierto es que el bueno de mi mentor debía de haberse hecho insoportable para el Excelentísimo: un hombre que á toda hora estaba haciéndole observaciones y dirigiéndole censuras con aspecto de amo descontentadizo y exigente, por fuerza hubo de cansar al hombre acostumbrado á recibir adulaciones de todo el mundo, á ser considerado como un señor infalible é inatacable.

Por tres días desapareció Suárez; al cuarto, me mandó una cita para el siguiente, y me indicó debía marchar con precauciones.

Empezaba á levantarme cuando oí á la puerta de mi cuarto una gran porfía; mi nombre andaba mezclado en las bocas de criados y gente desconocida, trayéndolo todos de aquí para allá como estirándolo y maltratándolo.

Tomé violentamente mi ropa, y cogiendo la carta de Suárez, la hice un montón confuso y me la tragué. En ese



En ese momento penetraban al cuarto cinco ó seis bribones...

momento penetraban al cuarto cinco ó seis bribones con caras patibularias, con las pistolas amartilladas y preguntando por mí.

Pero no duró mucho tiempo su indecisión; iba al frente de ellos un tipo para mí familiar, Nicolás Cuevas, mi protegido, que colocándome la mano en el hombro me dijo:

— Ahora no te escapas, Juan Pérez, conspirador contra el gobierno, coludido con personajes desafectos á la administración, é inquietador de mujeres ajenas. Ya verá el señor Presidente que se empieza á hacer buen uso de la ley de sospechosos.

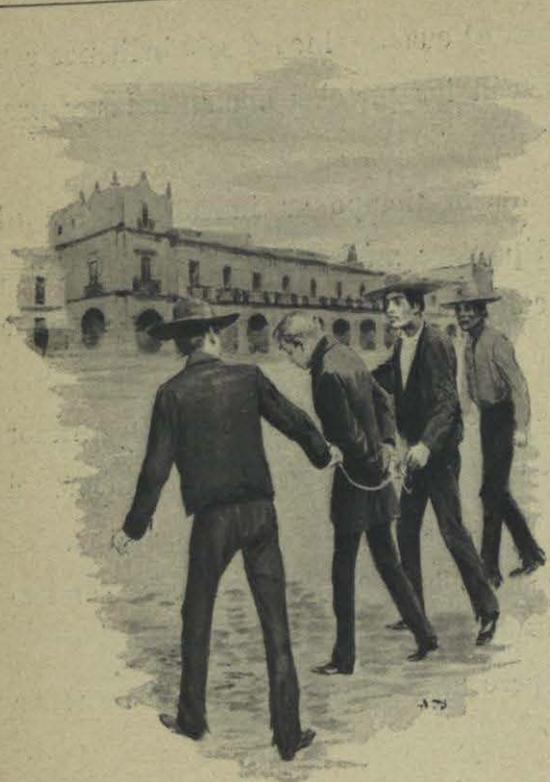
Miré al bellaco, pero nada quise decirle por no tener que cruzar palabra con él.

Luego la gentuza aquella registró mis ropas, se incautó de mi poco dinero como si hubiera sido cuerpo de delito, y recogió una carta que estaba puesta encima de mi mesa de noche, y que yo no había llegado á ver.

— Amárrenlo fuerte, muchachos, gritó el esbirro y vámonos más que de prisa.

Violentamente atravesamos la ciudad sin llamar la atención de los barrenderos que hacían el aseo de las calles: ya debían estar acostumbrados á ese espectáculo diario.

Paramos en la Diputación, donde nos esperaba Lagarde, frente á una mesa en que todavía ardían los



cabos de unas velas puestas en los candelabros de cobre.

— Señor, empezó Nicolás: este sujeto es el secretario de Suárez Navarro, y se le aprehende como sospechoso y como hombre capaz de conspirar. Si su merced se sirve interrogarlo

con la maña y habilidad que lo caracterizan, sabrá muchos secretos de los enemigos del gobierno. En una mesa se encontró cerrada esta carta, que ha de proceder de algún otro bribón, enemigo del poder.

Cogió Lagarde la carta, la leyó de cabo á rabo, y al fin dijo entre dientes:

— No es nada, tonterías; una tal Trini que no se casa, sino se mete monja. No vale la pena...

— Yo me tomo la libertad, señor, repuso Cuevas, de advertirle que con nombres supuestos y negocios al parecer indiferentes, estos bribones mantienen entre sí

correspondencias, sirviendo de clave esos negocios de casorios, noviazgos y demás;... pero el señor jefe de la policía sabe mucho más que yo de las argucias de los criminales.

Nada contestó Lagarde, sino que hizo una seña, y atado codo con codo me llevaron á la cárcel, donde me metieron en una bartolina infecta.

Al atravesar el patio pude oír que Cuevas decía:

— Es reo peligroso y se lo recomiendo muy especialmente... Secretario del pillo de Suárez Navarro... uña y carne de él... Parece que había complot para atentar contra la vida de S. E... Sí señor, contra la vida de S. E.; parece mentira que haya pillos así de depravados.

Y yo pensé: ¡depravados! Si hay depravados, uno lo eres tú, infame polizonte, que me debes desde la *cotoña* que traes puesta hasta la bazofia que acabas de ingerir.

Y se cerró tras de mí la puerta aquella.